

ECOLOGISMO: PASADO Y PRESENTE

ECOLOGISM: PAST AND PRESENT

María del Buey Cañas

10.26754/ojs_arif/arif.2024210486

Jorge Riechmann (2024): *Ecologismo: pasado y presente (con un par de ideas sobre el futuro)*. Madrid: La Catarata, 224 pp.

Los libros son para Jorge Riechmann un lugar y una ocasión para la transubjetividad¹. Lejos de ser un término poético —capaz de evocar esos tránsitos también simbólicos, aunque no sólo, entre identidades—, la transubjetividad es una herramienta jurídica que concibe la regulación de la conducta relacional de las personas humanas y no humanas², especialmente cuando se hacen valer los derechos de seres y ecosistemas no humanos. Se trata de una defensa de derechos más que humanos que legalmente no se realiza en representación de esas identidades sino como expresión, justamente, de la relacionalidad —inter y eco-dependiente son los adjetivos que el ecologismo considera— que nos une y nos vincula, a humanos y no humanos, en la vida en la biosfera terrestre. Escuché por primera vez el término ‘transubjetividad’ en boca de Luis Lloredo Álix durante un taller impartido dentro del proyecto europeo Speak for Nature, Interdisciplinary Approaches on Ecological Justice, los días previos a la presentación de este trabajo de Riechmann en Madrid. La asociación entre un suceso y otro podrá parecer, de nuevo, poética. Yo creo que no sólo.

Cuando reflexionamos sobre la relación intersubjetiva que se establece durante el acto de la lectura —con el escritor y con el contexto al que refiere el libro, con las condiciones materiales y estructurales de las que emerge y con

¹ Sobre el potencial transubjetivo, el profesor Luis Lloredo, investigador principal de la Universidad Autónoma de Madrid *Speak 4 Nature*, recomienda la obra de Ghunter Teubner, *Constitutional fragments: societal constitutionalism and globalization*.

² El río Whanganui, la orangutana Sandra o el Mar Menor son algunos ejemplos de personas no humanas reconocidas legalmente por la corona de Nueva Zelanda, el gobierno argentino y el estado español, respectivamente.

las pulsiones de su tiempo—, no olvidamos que leemos con y desde un cuerpo holosimbionte. La corporalidad es una comunidad interespecie que nos da vida y sentido ecosistémico³, y el que propone este libro es un viaje a través del tránsito que los ecologismos han realizado desde la década de 1960 hasta este momento de extrema gravedad de crisis ecosocial y, debemos decir, también pese a ello. *Hoy*, un panorama de urgencias y decisiones irrevocables, a la luz de lo que el autor y una amplia comunidad de expertes y científiques de todos los campos consideran los últimos momentos para realizar una contracción del metabolismo social que nos asegure *solamente* el aumento de +1,5 °C de la temperatura global del planeta.

“No somos defensores de la naturaleza, somos la naturaleza que se defiende” secunda Jorge Riechmann casi al final de *Ecologismo: pasado y presente*. Interdependientes, sostenidos por el entramado ecosistémico, emergentes de ese mismo entramado, en definitiva, parte vulnerable y relacional de los ecosistemas en los que nuestra vida humana transcurre. Así, *Ecologismo: pasado y presente* es un ejercicio reflexivo sobre la identidad de los ecologismos como una contra respuesta al capitalismo, en cualquiera de sus fases; al neoliberalismo, en cualquiera de sus formas; y a la catástrofe, en cualquiera de sus lugares.

El ejercicio del libro para mí —persona nacida a finales del siglo XX, en cuyas últimas décadas pudo haberse tomado un rumbo que nos habría conducido a un escenario global muy distinto del actual, con el tiempo casi agotado para garantizar un cambio climático compatible con la vida humana— es el ejercicio de hacernos *presente*, en actos y en tiempos, ante la crisis ecosocial. Este hacernos *presente*, o convertirnos críticamente en una parte significativa de nuestro presente dando cuenta del trazado que ha seguido la lucha por la supervivencia humana ante la devastación ecológica, es otra forma más de reconocer nuestra ecoddependencia. Así, *Ecologismo: pasado y presente* nos propone contrarrestar esa forma de identidad neoliberal que nos aqueja especialmente en las sociedades industrializadas, una individualidad apuntalada sobre el consumo y la propiedad privada como las únicas vías para pensarnos libres y capaces. *¿Capaces de qué?* En el Siglo de la Gran Prueba, por decirlo como dice Jorge Riechmann, la norma en estas mismas sociedades industriales nos hace capaces de destruir las condiciones que hacen posible la vida en la biosfera.

Para esas formas de subjetividad neoliberal, que simbólica y materialmente han legitimado e impulsado el sistema ecocida en el que estamos insertas, el valor

³ Como ya nos ha contado Riechmann en algún libro anterior. Véase, por ejemplo, *Simbioética: Homo Sapiens en el entramado de la vida*.

intrínseco de la vida no humana, pero también de la vida humana fuera de la norma —eso que llamaríamos la alteridad—, es inexistente. La alteridad sólo aparece ante los ojos del hombre como una base material de la que extraer, explotar y desechar bajo el orden actual de las cosas. Un hombre que mira con estos prismas, y el masculino universal es completamente intencionado aquí, imponiendo una concepción de sí mismo como latifundista de un planeta que planea instrumentalizar hasta la extinción bajo la búsqueda del mayor beneficio económico posible.

Cuando leemos *Ecologismo: pasado y presente*, leemos el relato reflexivo de quien no espera elaborar un discurso histórico sobre los movimientos ecologistas sino transitar de nuevo sus desafíos, sus coyunturas y sus contradicciones. La estrategia es clara si reconocemos que el presente y el futuro son dos tiempos paralelos: la posibilidad de futuro sólo puede sostenerse críticamente sobre un presente consecuente. Tiempos consecuentes, como ese ecologismo al que Riechmann atribuye mayor potencia política y que no puede ser sólo transformador o reformista.

Como un buen diagnóstico de la desintegración de una conciencia colectiva capaz de dar cuenta y respuesta a los desafíos que el cambio climático nos plantea, la ignorancia sobre la crisis ecosocial es un punto de encuentro intergeneracional y garante de ese *business as usual* que el autor denuncia incansablemente. En el libro, Riechmann señala la verdadera paradoja de Jevons cuando recupera la elección trascendental que este ya se planteaba en 1865 en su publicación *La cuestión del carbón*:

El economista inglés, consciente de la finitud de los recursos fósiles, escribe que “tenemos que hacer una elección trascendental entre una breve, pero verdadera opulencia, y un período más largo, pero de continuada mediocridad”. En términos del debate actual diríamos: se trata de elegir entre una prosperidad capitalista ecocida a corto plazo y los esfuerzos por una sustentabilidad con justicia a largo plazo. Y lo impresionante es que *Jevons, con pleno conocimiento de causa y representando en cierta forma a su sociedad* (la Inglaterra imperialista del siglo XIX), *jopta por lo primero!* (Riechmann, 2024: 19)

En el diagnóstico que repite Jorge Riechmann a lo largo de *Ecologismo* —una repetición que desde luego no se reduce a la literatura de ensayo, sino también en su trabajo como docente, activista, e investigador— la superación de los límites 9 biofísicos que garantizan la vida en la biosfera terrestre se explica por dos acciones globales, pero de responsabilidades altamente diferenciadas. Por un lado, la extralimitación de las sociedades fruto de la Revolución Industrial, ubicándonos actualmente en un consumo global que produce una huella ecológica mayor que la biocapacidad del planeta y marcando una pauta de consumo global que exige de media 1,7 planetas a nuestra disposición. Por otro lado, las fracturas metabólicas

de esas mismas sociedades, que caracterizan su intercambio con la naturaleza y que están intrínsecamente relacionadas con las cuatro revoluciones tecnológicas de nuestra historia reciente.

Estas dos acciones, extralimitación y fracturas metabólicas, son las que identifica Riechmann como nuestra propias “trampas del progreso” —esos aparentes desarrollos civilizatorios que nos conducen a escenarios adversos para la vida humana, pese a prometer lo contrario, y de los que Ronald Wright, una de las voces del libro, identifica varios ejemplos a lo largo de toda la historia de la humanidad—.

Escrito como piensa el autor —de forma situada, ubicado en el contexto no solo a través de adjetivos que aclaran y que nos orientan políticamente, sino también a través de un ejercicio de memoria contundente y crítico—, el libro tiende multitud de puentes entre los distintos tiempos de la lucha ecologista y las responsabilidades a las que se ha tratado de dar respuesta. Esos puentes —que en el primer capítulo nos conectan con los protoecologismos del Norte global o la vinculación de clase social en la bisagra del siglo XIX y XX con los primeros proteccionismos aristocráticos y los ambientalismos de corte obrero y burgués, entre otros—, son puentes en los que las lectoras que estamos en el proceso de comprender cómo se vive consecuentemente en el siglo XXI, podemos asegurar una práctica ciudadana a través del diálogo con un pasado activo y cercano en el que reflexionar sobre sus logros y alianzas, pero también sobre sus errores.

Así, el viaje que traza Riechmann en su libro no es tanto un viaje en el tiempo como una forma de hacer transitar los distintos escenarios de la lucha consecuentemente ecologista a través de nosotros. En este presente donde la catástrofe ecosocial es ya una realidad para miles de personas, el autor nos convoca en la complejidad y también en las dicotomías de las luchas ecologistas que vienen trazándose con tenacidad desde hace ya varias décadas y que, sin embargo, parecen reivindicar las mismas cosas:

Tras este breve recorrido, y si tuviéramos que identificar una carencia en este movimiento ecologista cuyas iniciativas en el Estado español se extienden a lo largo de varios decenios, quizá sería ésta: los esfuerzos se han centrado en las luchas de resistencia (muy necesarias) y en dirigir demandas al Estado (por lo general bien orientadas), pero no se ha tenido tanto éxito a la hora de construir un programa propio y hacerlo avanzar en la sociedad española. (*Id.*, 63 y 64)

En el tercer capítulo, bisagra conceptual del libro, se abordan las distinciones entre nociones-brújula de los ecologismos. Así, el autor ensaya las diferencias entre ecología, conservacionismo, y ecologismo; entre ecologismo consecuente y ambientalismo; entre ecologismo superficial y ecologismo consecuente; y entre

ecofeminismos, ecosocialismos y ecologismos sociales para aterrizar en la ardua pregunta acerca de los años 1970 y la toma de direcciones que entonces tiene lugar. Se trata de un camino que desemboca en el cuarto capítulo de *Ecologismo: pasado y presente*, donde el autor da cuenta de un presente difícil, marcado por tres graves errores y dos verdades inaceptables. En el banquillo de los errores: el rechazo de la ecología profunda de Arne Naess; la incomprensión de la relación entre economía, ecología y termodinámica que planteó Nicholas Georgescu-Roegen con su bioeconomía; y el encandilamiento producido por los imaginarios del desarrollo sostenible y la promesa de una reforma viable del sistema capitalista. En el banquillo de las verdades inaceptables: que el calentamiento global no es una mera alteración de nuestras vidas cotidianas, sino un escenario de “sociedades inviables en una Tierra inhabitable”; y que la llamada crisis energética que, por supuesto, no es sólo energética y no alude únicamente a un problema de trasfondos tecnológicos sino coloniales, “no tiene ninguna solución que no implique vivir usando mucha menos energía”, exigiendo de las sociedades industrializadas autolimitación y frugalidad contundentes.

Ecologismo: pasado y presente no se permite pensar en solitario, sino a través de numerosas contribuciones. Un buen ejemplo son los dos estupendos excursos de Adrián Almazán a propósito de los ecologismos en ebullición de nuestro contexto nacional y de la defensa de la alteridad como estrategia ética política, o poliética, como han defendido ambos autores en otras publicaciones. *Ecologismo* pone de relieve que nunca pensamos solas y que cualquier ejercicio de pensamiento políticamente significativo debe ser profundamente relacional, condición indispensable para el pensamiento crítico. Así, Riechmann concluye su relato con dos ideas sobre el futuro como dos invitaciones a relacionarnos con ese gran interrogante desde un ahora situado y conectado con sus condiciones de posibilidad:

La realidad —las realidades— existe como algo diferente al yo o al grupo humano: la reconozco, la aprecio como *lo otro*, la investigo sin pretender reducirla a mí —o a mi grupo humano—. Es cierto que aquí se abre una disyuntiva: investigar la realidad —las realidades— puede hacerse en el modo de la dominación y la tortura o en el modo de la contemplación, la admiración y el respeto. Necesitamos al arte y necesitamos a la ciencia para conversar con el mundo, y sentirnos en él como nuestro hogar. (*Id.*, 207 y 208)

Maria del Buey Cañas
Universidad Autónoma de Madrid
maria.delbuey@uam.es